

Reseña de/Book Review of: Vicens Hualde, María, *De Castilla a la Nueva España. El marqués de Villamanrique y la práctica de gobierno en tiempos de Felipe II*, Valencia, Albatros, 2021, ISBN 978-84-7274-382-3, 330 pp.

Carlos Moreno Amador

Universidad Complutense de Madrid, España/carlos_moreno@ucm.es

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0003-2295-7279>

El primer marqués de Villamanrique, Álvaro Manrique de Zúñiga, fue, sin duda, uno de los aristócratas que mayor peso tuvo en el reinado de Felipe II. Pese a ello, su figura no siempre ha sido valorada por la historiografía, sobre todo en lo concerniente a su papel como actor esencial en la revalorización de los territorios americanos. No en balde, ejerció como virrey de la Nueva España entre 1585 y 1590, en un momento crucial del gobierno del Rey Prudente.

El interés de la obra de la Dra. Vicens Hualde radica, precisamente, en el esfuerzo que realiza la autora para dar a conocer diversos aspectos sobre su vida y obra, utilizando el análisis biográfico para plantear cuestiones relativas a la historia política y ofreciendo información muy interesante relacionada con las estrategias de ascenso social dentro de la nobleza castellana, en el que amistades y redes clientelares y de influencia resultaron decisivas para su meteórica promoción. Igualmente, se desgrana entre sus páginas el trasfondo de su gestión como virrey y sus mecanismos de gobierno en el ámbito novohispano, condicionados por las disputas con la elite eclesiástica, las intrigas cortesanas, los conflictos de intereses o el capital simbólico, lo que, sumado a otra suerte de peligros sobrevenidos, como los ataques corsarios en el Caribe y en la Mar del Sur o la guerra Chichimeca, mantendrían en constante peligro la estabilidad de su gobierno en las Indias.

A través de un estilo narrativo muy fluido, la autora nos presenta las vicisitudes del marqués de Villamanrique por el mundo a lo largo de su vida, ofreciendo una magnífica madurez de análisis sobre su periplo y trayectoria, algo nada sencillo considerando la cantidad de enfoques y perspectivas planteados sobre su vida tanto en Castilla como en Nueva España.

Historiográficamente, la obra se sitúa en un contexto muy interesante, esbozando una decidida interconexión entre ambos continentes. No puede entenderse América sin Europa, ni viceversa.

En definitiva, a lo largo de tres bloques bien diferenciados, el libro plantea un magnífico diálogo entre la autora y el protagonista, en el que la primera se sumerge en la búsqueda del personaje histórico, no tanto para explicar su pasado como para intentar comprenderlo, analizando de forma cronológica los acontecimientos más destacados de su trayectoria vital, dimensionándolos con la política y la sociedad de su tiempo.

La primera parte, dividida en cuatro capítulos, pone su foco en el gobierno universal de la monarquía, con una lógica y una estructura muy claras, que nos ayuda a comprender el primer elemento que se plantea en el título, Castilla. ¿Qué es Castilla, qué representa y cómo se articula? Se aborda, de manera sucinta, la creación del linaje de los Zúñiga hasta los progenitores de don Álvaro, Teresa de Zúñiga y Guzmán y Alonso Francisco de Sotomayor y Portugal, duques de Béjar; la articulación y el funcionamiento de las alianzas matrimoniales en la Edad Moderna; y el alumbramiento, infancia y la formación del sexto hijo de los duques, el marqués de Villamanrique, un segundón que conseguirá medrar en un contexto social muy adverso para sus intereses.

En el primer capítulo, centrado en la presentación de la familia y el linaje, la Dra. Vicens realiza un repaso sobre la evolución del ducado de Béjar en manos de los Zúñiga, una familia ciertamente privilegiada y dedicada al servicio a la corona, y a su política de alianzas matrimoniales con otras casas nobiliarias en el contexto peninsular.

El segundo capítulo ofrece una visión amplia acerca del crecimiento y formación del marqués, un segundón sin derecho a herencia de títulos que es enviado a Salamanca a estudiar cánones y que gracias a la decisión de su madre de establecer mayorazgos para todos sus hijos pequeños, a su matrimonio con Blanca Enríquez de Velasco —hija del conde de Nieva, virrey del Perú, y sobrina de Martín Enríquez, virrey de Nueva España— y a su ingreso en la Orden de Santiago, alcanza el estatus nobiliario tras recibir el título de marqués de Villamanrique en 1575, consiguiendo llegar a la altura de sus hermanos primogénitos con la institucionalización de su particular señorío.

El tercer capítulo, relativo al negocio de los servicios de su Majestad, supone un ejercicio de estudio de los méritos que don Álvaro acumula en la Corte en el contexto sevillano, entre los que destacan su participación en el

recibimiento de la reina Ana de Austria, en el cortejo del traslado de los restos de los reyes Fernando y Alfonso X a la capilla real nueva de la catedral, en la campaña de Portugal —donde se ocupa de la fortificación de la costa en Huelva, haciéndose cargo de los territorios de su hermano, el marqués de Ayamonte— o su desempeño en diversos cargos vinculados a la gestión y el gobierno del cabildo de Sevilla.

El último capítulo de la primera parte, dedicado al juego de la Corte, en el que Vicens analiza de manera pormenorizada el papel del marqués y sus apoyos más cercanos, presenta como eje central la propuesta de Villamanrique como virrey de la Nueva España de forma atípica, ya que gracias al apoyo del duque de Medina Sidonia es nombrado como tal virrey de forma directa por Felipe II, evitando con ello el proceso habitual en forma de terna dirigido por el Consejo de Indias para este tipo de designaciones.

La segunda parte se contextualiza temporalmente en el periodo de gobierno del marqués de Villamanrique como virrey, en un momento crucial y clave para la monarquía de Felipe II, en el que el espacio novohispano se convierte en referencia que conecta otros muchos espacios, por la proyección de dicho territorio tanto en sus fronteras internas —hacia el norte y el Caribe—, como externas —hacia Asia, con la supervisión del gobierno de Filipinas, y Centroamérica—.

Nos encontramos en la fase de plenitud de la monarquía castellana, a partir de 1580, donde se recompone el ideal de los Reyes Católicos de proyección mundial. A través de la trayectoria de Villamanrique podemos plantear una visión sobre la agenda del mundo y los inicios de la rivalidad hispano-británica. Otras cuestiones interesantes que se trazan en este apartado son la del estudio de las audiencias como elemento de articulación del espacio americano, el gobierno eclesiástico —condicionado, qué duda cabe, por el Patronato Regio—, o la presentación del juego de la Corte, cristalizada en el análisis de los pormenores de las relaciones que establece Villamanrique o las redes de poder en las que participa.

En ese contexto, el capítulo cinco se sumerge, con todo lujo de detalles, en la preparación del viaje, la travesía y la llegada del marqués a la capital novohispana, ofreciendo una clara continuidad en el siguiente capítulo, dedicado al estudio de la Corte y sociedad en México, donde se abordan asuntos de marcada importancia relacionados con el desarrollo de la vida en la ciudad, la configuración de la urbe en torno a su trazado y la situación central del poder, la organización y las funciones de la casa del virrey o el papel de Blanca Enríquez de Velasco, virreina consorte. La autora realiza,

igualmente, un espléndido ejercicio de análisis de los bandos y camarillas preexistentes, herencia de las redes de poder y clientelares del marqués del Valle, así como una aproximación a la construcción del tejido social novohispano del momento, caracterizado por su heterogeneidad y diversidad y por el naciente conflicto entre españoles peninsulares y criollos.

Los siguientes tres capítulos abordan las principales cuestiones de la agenda política virreinal con los que tuvo que lidiar el marqués de Villamanrique durante su periodo de gobierno, entre los que destacan la controversia generada por la visita general del reino llevada a cabo por el arzobispo Moya de Contreras, virrey interino; los ataques piráticos en las costas del Atlántico y del Pacífico, incluido el gran drama de su mandato, el apresamiento del galeón Santa Ana por parte del pirata Thomas Cavendish; el envío de plata hacia la península; la problemática del comercio con el continente asiático y Perú; o su diligencia en la guerra Chichimeca, uno de sus grandes logros, donde aplicó una estrategia muy diferente a la de los anteriores virreyes, eliminando presidios y convirtiéndolos en centros de abastecimiento con misiones y trasladando a indios sedentarios desde las tierras bajas para poblar la zona, una medida muy contestada por algunos, pero muy eficaz porque permitió terminar con la guerra.

En ese contexto, Vicens reflexiona muy acertadamente acerca de las dificultades que siempre tuvo para desarrollar su gestión en el virreinato, auspiciadas por las malas relaciones con las instituciones más importantes en suelo novohispano, la Iglesia y las audiencias, situación que provocó, a la postre, la caída en desgracia del marqués de Villamanrique.

En ese sentido, el capítulo dedicado a la Iglesia novohispana, en el que se plantea de forma concisa cómo estaba organizada la institución y el papel desempeñado por Pedro Moya de Contreras, arzobispo de México y uno de los grandes enemigos de Villamanrique, centra igualmente su interés de estudio en la celebración del III Concilio Provincial Mexicano, que sentó las bases de la política de la Iglesia en la región durante más de 200 años, y en la discusión generada en torno al Regio Patronato.

Con respecto a las tres audiencias dependientes del virreinato —México, Guadalajara y Manila—, resulta muy interesante el examen que sobre las mismas realiza la autora, pues facilita una completa perspectiva sobre su funcionamiento y organización. Trascendental, por sus consecuencias, es el problema jurisdiccional que se planteó en Nueva Galicia, donde los oidores promovieron una queja a la Corte por el comportamiento del virrey, lo que a la postre provocó su destitución en favor de Luis de Velasco y la

imposición como juez visitador de su mayor enemigo, el obispo de Puebla, Diego Romano, quien no dudó en actuar con mano de hierro en tal tesitura, algo que quedó claramente reflejado en la condena aplicada al marqués.

La tercera parte del libro se adentra de lleno en el declive y caída en desgracia de Villamanrique, motivada por el ascenso imparable de sus adversarios en la Corte virreinal y por la pérdida de influencia de sus protectores en la Corte española, que terminará cristalizando en un proceso de visita fenecido con una importante reprobación a su gestión como alter ego del monarca en Nueva España.

En el décimo y undécimo capítulos la autora nos ofrece una sucinta explicación del motivo y las consecuencias de su ocaso, coincidiendo con la llegada a la península del obispo Pedro Moya de Contreras, su enemigo confeso, quien había sido nombrado presidente del Consejo de Indias en sustitución de uno de sus principales valedores en la Corte, Hernando de Vega de Fonseca. La revisión de su gestión como virrey, sometida a un fuerte proceso de visita, mucho más amplio, estricto y exigente jurídicamente que el juicio de residencia, que no admitía apelación y que además afectaba a todos sus allegados, fue una losa imposible de levantar.

Tras la llegada de Velasco a México, Diego Romano dio inicio a la visita y comenzaron a multiplicarse los cargos contra Villamanrique, quien terminó bajo arresto domiciliario y con todos sus bienes confiscados, a lo que se sumaron las medidas preventivas de inhabilitación y destierro de la Corte.

Tras lograr viajar de forma poco ortodoxa a Castilla en una de las naves de Medina Sidonia, en el capítulo duodécimo la autora destaca la capacidad de resiliencia y de superación de la adversidad del protagonista, quien consiguió resurgir de sus cenizas después de salvar una delicadísima situación personal de ruina y denostación. El punto de partida lo encontramos en 1596, denominado por Vicens como *annus horribilis*. Seis años después de su regreso a España, y tras haber apelado en un intento de recuperar su honor y hacienda, se resolvió la sentencia de la visita, por la que fue condenado a una importante sanción económica, a la inhabilitación perpetua de ocupar cargos vinculados a justicia y gobierno y al destierro de la Corte, pese a sus constantes súplicas al monarca. Sin embargo, el fallecimiento del Rey Prudente en septiembre de 1598 y el ascenso al trono de su hijo, Felipe III, significó un cambio radical en la suerte de Villamanrique. Favorecido por el nuevo soberano vio anulada su condena, quedando libre de todos los cargos y recuperando sus bienes y preeminencias. Incluso, el

duque de Lerma le incluyó en algunas juntas de Indias, culminando su recuperación en 1603 tras ser nombrado caballero mayor de la reina Margarita de Austria.

Un año después fallecía Álvaro Manrique de Zúñiga en su residencia sevillana, eso sí, con su «honra y crédito personal restaurados», tal y como afirma la Dra. Vicens. El último capítulo del libro centra su interés, precisamente, en sus voluntades testamentarias, en la construcción del convento de Santa María de Gracia en Villamanrique, donde había de ser enterrado, y en su heredero, Francisco de Guzmán y Zúñiga, II marqués de Villamanrique.

En suma, el trabajo de María Vicens, con una estructura clara y concisa, desentraña la vida del marqués de Villamanrique de forma excelsa, planteada desde el rigor científico, favorecido por el manejo de múltiples fuentes que ofrecen datos hasta ahora desconocidos y que vienen a confirmar la gran labor investigadora llevada a cabo por la autora en archivos españoles y mexicanos.

Esta obra constituye un importante avance historiográfico no solo para la puesta en valor de un personaje de gran relevancia e influencia en el contexto de la Corte castellana y novohispana, sino también porque nos brinda la posibilidad de disfrutar de una visión mucho más amplia en dicho contexto, tanto en el tiempo como en el espacio, convirtiéndose en una fuente de obligada consulta para todos aquellos investigadores interesados en el gobierno, la sociedad o la nobleza española y americana de finales del siglo XVI y comienzos del XVII, con los reinados de Felipe II y Felipe III como telón de fondo.